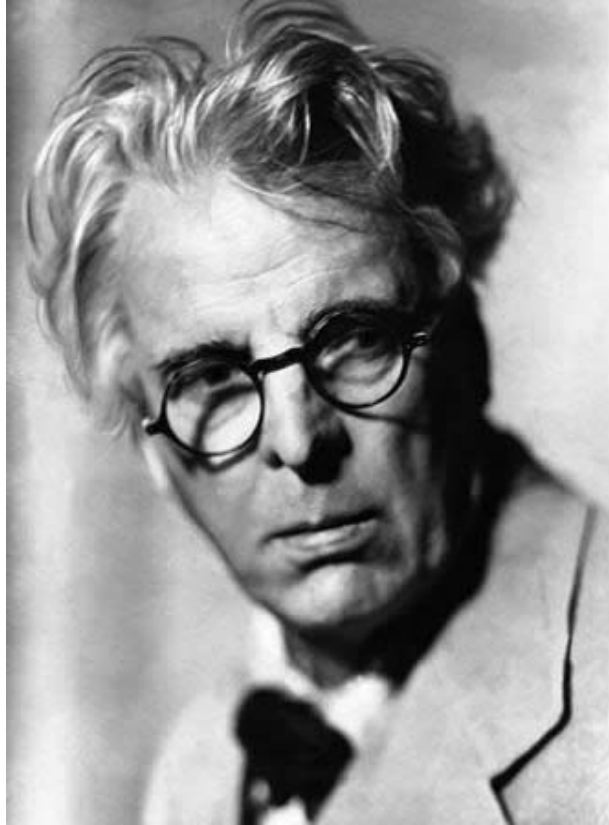


WILLIAM BUTLER YEATS

(1865-1939)



Tertulia poética

17 de enero de 2014

Biblioteca municipal de Irún

<http://tertuliaspoeticas.blogspot.com>

POEMAS

Traducciones de Antonio Rivero Taravillo, excepto las que se informan de manera expresa

De *Encrucijadas*, 1889

EL NIÑO ROBADO

Donde se hunden las rocosas
tierras altas de Sleuth Word,
hay allí una isla frondosa
donde garzas aleteantes
a las ratas desmodorran;
ahí las hadas escondimos
nuestras tinas,
de cerezas rojas llenas,
y de bayas.

¡Ay, escapa, niño humano!
a las aguas y a la selva,
con un hada, de la mano,
que hay más llanto en este mundo
que el que puedas saber.

Donde la honda d ela luna
lustra arenas con su luz,

hacia el más lejano Rosses,
no dejamos de bailar,
y trenzamos viejas danzas,
con las manos, con las miradas,
mientras no parte la luna;
y saltamos, y brincamos,
las espumas acechamos,
mientras duerme el mundo ansioso
rebosante de inquietud.

¡Ay, escapa, niño humano!
a las aguas y a la selva,
con un hada, de la mano,
que hay más llanto en este mundo
que el que puedas saber.

Donde el agua errante brota
de los cerros en Glen-Car,
en los charcos de torrentes
que ni un astro han de bañar,
ahí buscamos quietas truchas;
susurrando en sus oídos
sueños tensos les brindamos,
dulcemente asomando
desde helechos que lloran
sobre el joven arroyo.

¡Ay, escapa, niño humano!
a las aguas y a la selva,
con un hada, de la mano,
que hay más llanto en este mundo
que el que puedas saber.

Con nosotros escapa,
el de ojos solemnes;
Ya no oirá más el mugido
del ganado en la ladera,
ni el perol en el hogar
acunando su pecho,
ni verá al ratón rondar
el cajón de la avena.

¡Ay, escapa, niño humano!
a las aguas y a la selva,
con un hada, de la mano,
que hay más llanto en este mundo
que el que puedas saber.

Traducción de Ibon Zubiaur

LA BALADA DE MOLL MAGEE

Acercaos, pequeñuelos,
no me echéis piedras a mí
porque voy refunfuñando:
apiadaos de Magee.

Pescador era mi hombre,
con la playa en el hablar;
yo salaba los arenques:
trabajaba sin parar.

No dejaban la cabaña
de salar mis pobres pies
hasta a veces por la noche,
que cruzaban el pavés.

Siempre había sido débil;
mi bebé recién nació;
la cuidaba una vecina
por el día, y luego yo.

¡Ay, queridos pequeñuelos!
Me tendí sobre el bebé;
con el alba helada y clara
contemplé frío al bebé.

¡Duerme mal la hembra cansada!
Rojo y pálido, me dio
mi hombre un poco de dinero

y a Kinsale me devolvió.

Me expulsó y cerró la puerta,
y me echó una maldición;
yo partí de allí en silencio,
ni un vecino se asomó.

Mudas puerta y ventanas,
verde y débil una estrella;
las pajitas se agitaban
a través de la calleja.

Yo partí de allí en silencio.
Más allá del viejo establo
vi a una amable convecina
su primer fuego soplando.

Me sacó toda mi historia.
mi dinero está agotado,
mas burlona y compasiva
aún me da sorbo y bocado.

que vendrá mi nombre me dice,
a llevarme para casa;
pero siempre que ando en torno,
fuera o dentro de la casa,

apilando la madera,
o los tepes, o en el pozo,
voy pensando en mi bebé,
y por dentro, sola, lloro.

Pienso a veces que ella sabe
cuándo abriendo bien sus puertas
Dios enciende las estrellas
y a los pobres nos contempla.

Ahora pues, mis pequeñuelos,
ya más piedras no echaréis,
mas reuniéndoos radiantes
de Magee os apiadaréis.

De *La rosa*, 1893

CUANDO SEAS VIEJA

Cuando ya seas vieja y canosa, y con sueño
des cabezadas junto al fuego, coge este libro
y léelo soñando con la mirada suave
que tuvieron tus ojos, y con sus hondas sombras;

y cuántos tus momentos de alegre gracia amaron,
y tu belleza, con falso o con sincero amor,
mas sólo uno amó en ti el alma peregrina,
y amó las aflicciones de tu cambiante rostro;

e inclinándose luego junto a encendidas barras,
susurra, algo apenada, cómo se fue el Amor
al paso por encima de las altas montañas
y su rostro ocultó entre un sinfín de estrellas.

LA BALADA DEL PADRE GILLIGAN

El anciano sacerdote Peter Gilligan
estaba fatigado noche y día;
pues la mitad de su rebaño estaba en la cama
o bajo el césped verde ya yacía.

Una vez, mientras dormía en una silla,
a la hora en que salen las polillas,
otro pobre hombre lo mandó llamar,
y el empezó a sufrir.

—No tengo paz, descanso, ni la alegría,
pues la gente no para de morirse.
Y enseguida gritó: "Padre, perdón!
Mi cuerpo habló, no yo! "

Se puso de rodillas y apoyándose en la silla

rezó y se quedó adormilado;
y al atardecer se retiró de los campos,
y fueron asomando las estrellas.

Poco a poco se hicieron millones,
y a las hojas las sacudió el viento;
y Dios cubrió de sombra el universo,
y le susurró al género humano.

A la hora en pían los gorriones
cuando volvieron las polillas,
el viejo sacerdote Peter Gilligan
se levantó y se puso de pie.

—¡Huy! ¡Huy! El hombre se habrá muerto
mientras yo dormía en la silla.
Hizo que despertara su caballo,
y cabalgó a toda prisa.

Cabalgó como nunca antes hiciera,
por sendas pedregosas y pantanos;
la mujer del enfermo abrió la puerta:
—¡Padre! ¿ otra vez usted aquí?

—¿Ha muerto el desgraciado? —gritó.

—Murió hace una hora.

El anciano sacerdote Peter Gilligan
se tambaleó de dolor.

—Al irse usted, se trastornó y murió
alegre como un pájaro.

El anciano sacerdote Peter Gilligan
se arrodilló al oír esta noticia.

—Aquél que hizo la noche estrellada
para las almas que se cansan y desangran,
envió a uno de sus magníficos ángeles
para ayudarme cuando hacía falta.

— Aquél a quien envuelven mantos púrpuras,
y de los astros cuida,
se apiadó de la cosa más pequeña
Dormida en una silla.

LA ISLA EN EL LAGO DE INNISFREE

Me levantaré y me pondré en marcha, y a Innisfree iré,
y una choza haré allí, de arcilla y espinos:
nueve surcos de habas tendré allí, un panal para la miel,
y viviré solo en el arrullo de los zumbidos.

Y tendré algo de paz allí, porque la paz viene goteando con calma,
goteando desde los velos de la mañana hasta allí donde canta el grillo;
allí la medianoche es una luz tenue, y el mediodía un brillo escarlata
y el atardecer pleno de alas de pardillo.

Me levantaré y me pondré en marcha, noche y día,
oigo el agua del lago chapotear levemente contra la orilla;
mientras permanezco quieto en la carretera o en el asfalto gris
la oigo en lo más profundo del corazón.

Traducción de Luis Zalamea

De *Responsabilidades*, 1914

A UNA AMIGA CUYO ESFUERZO HA SIDO EN VANO

Ahora que se sabe la verdad,
sé discreta y toma la derrota
de una bronca garganta,
pues ¿cómo puedes competir,
criada en el honor, con aquel
que, si se probara que miente,
no se avergonzaría ante tus ojos
ni a ojos del vecino?
Criada para algo más duro

que el Triunfo, da la vuelta
y como una cuerda que ríe
tañida por dedos frenéticos
en medio de un lugar hecho de piedra,
sé discreta y disfruta,
porque de todas las cosas conocidas
eso es lo más difícil.

De *Los cisnes salvajes de Coole*, 1919

LOS CISNES SALVAJES DE COOLE

Los árboles están en plena belleza otoñal,
y los senderos del bosque están secos,
en el crepúsculo de octubre el agua
refleja un cielo quieto;
sobre el agua que desborda las piedras
hay cincuenta y nueve cisnes.

Diecinueve otoños me cayeron encima
desde la primera vez que los contara;
y vi, mucho antes de haber terminado
que todos de repente vuelo alzaban
dispersándose en grandes anillos rotos
en revuelo de alas clamorosas.

Yo apreciaba esas criaturas brillantes
y hoy mi corazón está dolido.
Todo cambió desde que, al oír en el ocaso,
por primera vez en esta costa
sobre mi cabeza el tañer de sus alas
con paso más ligero caminara.

Frescos aún, amante con amante,
chapotean en las frías
y afables corrientes o por el aire ascienden.
Sus corazones no han envejecido;
vagan a su antojo, pues pasión o conquista
aún los esperan.

Flotan ahora sobre el agua tranquila,
misteriosos y bellos.
¿Entre qué juncos se asentarán,
al borde de cuál lago o estanque
deleitarán los ojos de los hombres
cuando despierte yo algún día
para descubrir que se han volado?

Traducción de Delia Pasini

EL GATO Y LA LUNA

El gato iba de un lado para otro
y la luna giraba como un trompo,

y el pariente más cercano d ela luna,
el gato sigiloso, miró arriba.

El negro Minnaloushe miró fijo a la luna,
pues allá donde fuera o sollozara,
la pura y fría luz del cielo
soliviantaba su sangre animal.

Minnaloushe corre por la hierba
alzando sus patitas delicadas.

¿Bailas, Minnaloushe, acaso bailas?
si dos almas gemelas se encuentran,
¿qué mejor que organizar un baile?

Quizá la luna aprender pueda,
cansada de modales distinguidos,
otro paso de danza.

Minnaloushe se arrastra por la hierba
de un claro de luna a otro,
la sagrada luna sobre él
ha entrado en otra fase.

¿Sabe Minnaloushe que sus pupilas
pasarán de un cambio a otro,
y que de la luna llena a la creciente,
y de la creciente a la llena pasan?

Minnaloushe se arrastra por la hierba
solo, importante y sabio,
y observa las evoluciones de la luna

con sus cambiantes ojos.

De *Michael Robartes y la bailarina*, 1921

PASCUA DE 1916

Con ellos me he cruzado al caer el día
cuando venían, la mirada intensa,
de algún escritorio o ventanilla
entre sombrías casas dieciochescas.

Con la cabeza los he saludado,
o con alguna amable frase hecha;
me he detenido otras veces un rato
a decir otra amable frase hecha,
y antes de terminarla he pensado,
en un escarnio o maledicencia
para dar gusto a alguien sentado
en el club, cerca de la chimenea,
seguro como estaba de que todos
en un país de bufones vivimos;
todo cambiado, cambiado del todo:
una terrible belleza ha nacido.

El día se pasaba esa mujer
ocupada en su buena voluntad
de ignorante; la noche, en perder
la voz por discutir y pelear.

¿Acaso existía voz más grata
que su voz cuando, bonita y joven,
en pos de los lebreles cabalgaba?
Dirigía una escuela este hombre,
jinete del caballo alado nuestro;
este otro, su ayudante y amigo,
entonces empezaba a mostrar genio,
podría haber adquirido prestigio,
su sensibilidad tal parecía,
tal el arrojo y la delicadeza
de sus ideas. A este veía
en sueños, jactancioso, sin maneras,
y borracho. Peor no pudo obrar
con personas a quienes quiero tanto,
pero en esta canción figurará,
y es que también él ha renunciado
a su papel en la incierta comedia;
él también ha cambiado y se ha visto
transformado de todas las maneras:
una terrible belleza ha nacido.

A lo largo de inviernos y veranos
un corazón con una idea fija
parece convertida por encanto
en piedra que agita las aguas vivas.
El caballo que por la senda corre,
el jinete, los pájaros de vuelo
errante atravesando nubarrones:
ellos cambian momento tras momento;
una sombra de nube en curso de agua,

de un momento a otro ha cambiado;
en la ribera un casco resbala,
y un caballo cae chapoteando;
va la zancuda focha a sumergirse,
a un macho llama una focha hembra;
ellos momento tras momento viven,
y sigue en medio de todo la piedra.

En piedra puede acabar convertido
un corazón de sacrificar tanto.
Ah, ¿cuándo se hartarán? Papel divino
es ese, el nuestro es ir musitando
nombre tras nombre, como una madre
el de su hijo, cuando al fin el sueño
se apodera de las extremidades
que estaban agitándose sin freno.
¿Y no es esto el anochecer acaso?
No, no, no es la noche; es la muerte;
¿Fue inútil esa muerte al fin y al cabo?
Porque Inglaterra su palabra puede
cumplir por todo lo dicho y hecho.
Conocemos el sueño de ellos; basta
con saber que soñaron y están muertos.
Pero ¿qué importa si un amor sin tasa
hasta la muerte los enajenó?
Todo esto voy yo a escribir en rima:
MacBride y MacDonagh, el profesor,
Pearse y Connolly, el sindicalista,
ahora mismo y en tiempos venideros,
dondequiera que el verde sea exhibido,

del todo habrán cambiado todos ellos:
una terrible belleza ha nacido.

Traducción de Daniel Aguirre

De *La Torre*, 1928

RUMBO A BIZANCIO

I

Aquel no es un país para viejos. Los jóvenes
unos en brazos de otros, pájaros en los árboles
—esas generaciones moribundas— cantando,
cascadas de salmones y mares de caballa,
aves, peces o carne celebran en verano
cuanto ha sido engendrado, nace y muere.
Sujetos a esa música sensual todos descuidan
los monumentos de la mente inmarchitable.

II

Cosa indigna es un viejo, un abrigo andrajoso
montado en una estaca, excepto cuando el alma
bate palmas y canta, y canta con más fuerza

por cada desgarrón de su mortal vestido,
pues no hay escuela para el canto, sólo estudiar
los monumentos de su propia magnificencia.
Y por ello he cruzado los mares y venido
a la ciudad sagrada de Bizancio.

III

Oh sabios congregados en el fuego divino
tal figuras murales en un mosaico de oro.
Venid a mí del fuego, girando en la espiral,
para ser los maestros de canto de mi alma.
Purgad mi corazón; enfermo de deseo
y uncido a un animal agonizante,
no recuerda quién es; y encomendadme
al artificio de la eternidad.

IV

Fuera de la naturaleza no tomaré mi forma
corpórea de ningún objeto natural
sino de aquellas formas que los orfebres griegos
crean forjando el oro y en oro recubriéndolas
a fin de prevenir la modorra imperial;
o ponen a cantar en un árbol dorado

ante las damas y señores de Bizancio

los hechos que pasaron, pasan o pasarán.

Traducción de Jordi Doce.

LA RUEDA

A través del invierno invocamos la primavera,
toda la primavera llamamos al verano,
y cuando ya resuenan los setos rebosantes
declaramos que lo mejor es el invierno.

Y después nada hay bueno
porque la primavera no ha venido.
No sabemos que aquello que perturba nuestra sangre
es sólo su nostalgia de la tumba.

LEDA Y EL CISNE

Una ráfaga súbita: las magnas alas desplegadas
sobre la doncella vacilante, los muslos acariciados
por las negras palmas, en el cuello el pico preso;
indefensa y sujeta pecho contra pecho.

¿Cómo pueden esos frágiles dedos aterrados
defender los mansos muslos de la gloria alada?
Y ante ese blanco torrente, un cuerpo así tendido,

¿qué hace salvo sentir el palpar desconocido?

Un espasmo en la entrepierna concibe
el muro caído, el techo y la torre ardiendo,
a Agamenón y su muerte.

Tan impotente,
tan rendida ante el brutal hijo del aire,
¿unió ella al recibirlos el saber y el poder
antes de que el indiferente pico la dejara caer?

Traducción de Gustavo Negrín

De *La escalera de caracol y otros poemas*, 1933

PARA ANNE GREGORY

Nunca un joven podrá,
desesperado
por esos murallones
de color miel junto a tu oreja
amarte por ti misma
y no por tu pelo rubio.

—Pero puedo teñírmelo
y ponérmelo de color
castaño, negro o zanahoria

para que los mozos desesperados
me amen por mí misma
y no por mi pelo rubio.

—anoche oí declarar
a un religioso
que había hallado un texto que prueba
que sólo Dios, querida,
te podría amar por ti misma
y no por tu pelo rubio.

JANE LA LOCA HABLA CON EL OBISPO

Topé con el obispo de camino
y mucho hablamos él y yo.
“Tus pechos están flojos y caídos,
tus venas pronto se consumirán;
vive en una mansión digna del cielo,
y no en una pocilga pestilente.”

“Belleza y pestilencia son parientes;
pestilencia precisa de belleza,”
le respondí. “Se han ido mis amigos
pero es cierto que nunca me negaron
ni la tumba ni el lecho, diestros en la bajeza
del cuerpo y la altivez del corazón.”

“La mujer puede ser altiva y rígida
en su planteamiento del amor;
pero el Amor ha alzado su mansión
en el lugar del excremento;
pues nada puede ser único e íntegro
si antes no fue rasgado.”

Traducción de Gustavo Falaquera

De *Últimas poesías*, 1939

BAJO BEN BULBEN

(I)

Jurad por lo que dijeron los Sabios
en derredor del lago Mereotido
lo que la Bruja del Atlas sabía,
decía y hacía cantar a los gallos.

Jurad por esos caballeros, por esas mujeres
cuya forma y aspecto se muestran sobrehumanos
que esa compañía de pálidos rostros largos
que proclama una inmortalidad
ganó la compleción de sus pasiones;

ahora cabalgan la invernal aurora
donde el Ben Bullen marca la escena.

Esto es en esencia lo que significan.

(II)

Muchas veces un hombre vive y muere
Entre sus dos eternidades,
Aquella de la raza y la del alma,
Mas ambas, la vieja Irlanda comprende.
Y ya sea que expire estando en cama
O de un disparo caiga muerto,
A una breve separación de los suyos
Es lo peor que ha de temer.
Aunque la faena del sepulturero sea larga y dura
Aguzada la pala, el músculo tenso,
No hace sino empujar al inhumado cuerpo
De vuelta a la mente humana.

(III)

Tú, que la oración de Mitchel has oído:
“¡Envíanos la guerra, oh señor!”
Sabes que cuando todo se ha dicho
Y hay un hombre que aún pelea sin tino,
Algo cae de los ojos largamente ciegos,
Él contempla la otra mitad de su mente,
Y por un instante se detiene aliviado

Ríe a toda voz: y su corazón en paz.
Hasta el hombre más sensato ha de ponerse tenso
Con alguna forma de sutil violencia
Antes de que pueda cumplir su destino
Realizar su obra o nombrar su pareja.

(IV)

Escultor y poeta, culminad el trabajo,
No dejéis al pintor en boga eludir
Lo que sus nobles antepasados hicieron.
Llevad el alma del hombre a Dios,
Hacedle servir a una causa justa.

Con la medida dio comienzo nuestra fuerza:
Figuras que un adusto egipcio pensara,
Figuras modeladas por la diestra mano de Fidias.
Miguel Ángel ya dejó una prueba
En el techo de la Capilla Sixtina,
Donde nadie, salvo Adán medio dormido
Puede interponerse al trotecillo circular de una dama
Hasta que sus intestinos entraran en calor.
Prueba que hay una intención antepuesta
A todo secreto oficio de la mente:
El perfeccionamiento profano de la humanidad.

El Quattrocento expuso en pintura
—trasfondos para un Dios o un Santo—
Jardines para solaz de un alma;
Donde a primera vista todo parece
Flores y hierba y cerúlea bóveda,

Esas formas apenas entrevistadas
Cuando el sueño se torna vigilia.
Y al desvanecerse aún declaran,
Ante cabecera y cama rígidas,
Que los cielos se habían abierto.
Los giros continuaron;
Y cuando ese gran sueño se esfumó
Calvert y Wilson, Blake y Claude,
Dispensaron un sosiego para la gente de Dios,
—Así lo afirmara Palmer—, pero luego
Nuestro pensamiento tornose en confusión.

(V)

Poetas de Irlanda, sed valedores de este oficio
Cantad aquello digno de ser cantado,
Y a la mediocridad que hoy cultiva
Versos informes de pies a cabeza, ¡despreciadla!,
Sus corazones y mentes sin memoria
Son el producto vulgar de la canalla.
Cantad al campesino, y luego
Al avezado gentilhomme a caballo,
La santidad de los monjes, y al instante
El chasquido de una risa tras la pinta de cerveza;
Cantad a los señores y alegres damas
Que fueron ganados por el barro
A lo largo de siete heroicas centurias;
Proyectad vuestra mente en el futuro
Para que en esa aurora seamos
Todavía la indómita, legendaria Irlanda.

(VI)

Bajo la cumbre desnuda de Ben Bulbin
En el camposanto de Drumcliff, descansa William Yeats.
Una iglesia hubo allí, donde un antepasado suyo
Fue párroco mucho tiempo atrás;
Junto al camino, una antigua cruz.
Ni mármol ni frase convencional;
Grabadas en piedra caliza del terreno
Estas palabras como última voluntad:
Concede una fría mirada
A la vida, a la muerte.